

Sólo Sandino representa a nuestra América

Los dos grandes males del Continente

=De Social. Habana, Cuba=

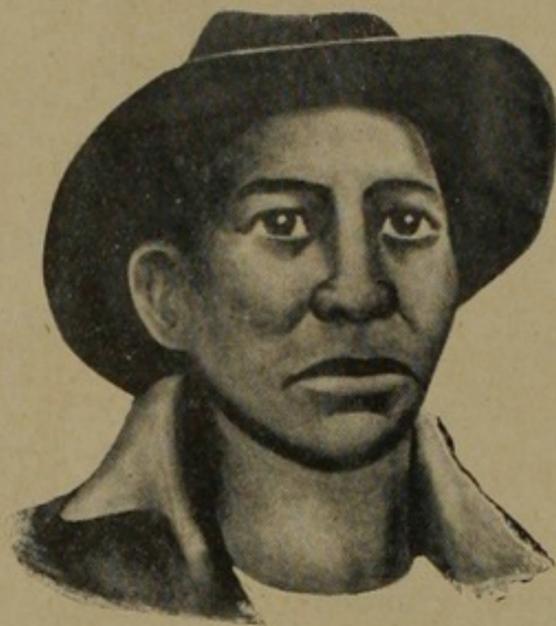
A MANUEL UGARTE, ALFREDO PALACIOS, JOSÉ VASCONCELOS y ENRIQUE JOSÉ VARONA, apóstoles y propagandistas de los ideales porque Sandino pelea hoy en Nicaragua.

DE los males que hoy padece América, ésta que Martí llamó «Nuestra América», y «Madre América», hay dos que pueden considerarse como los más graves, como los más dañinos, como los más difíciles de extirpar, no sólo por lo arraigados que se encuentran en las propias entrañas del Continente y por lo extensas y complejas que son sus raíces, sino además, porque ambos males no se desarrollan aislados, sino siempre conjuntamente, completándose y ayudándose uno al otro y ambos en su obra de destrucción y de muerte, a tal extremo que la presencia de uno de ellos es señal suficiente e inequívoca de la existencia del otro, pues cada uno de ellos si surgiera solo, que no es lo frecuente, desaparecería en breve al carecer del apoyo indispensable del otro, y cada uno de ellos, necesariamente produce el otro.

Son estos dos grandes y gravísimos males de la América nuestra: las dictaduras y el imperialismo. Las dictaduras unipersonales u oligárquicas, que existen hoy entronizadas en numerosos gobiernos de nuestras repúblicas. El imperialismo intervencionista yanqui que ejerce en todos esos países nociva, poderosa y avasalladora influencia bajo cualquiera de sus múltiples formas: militar, diplomática, económica.

Si el caudillaje, desde los albores de la independencia, ha sido valladar infranqueable que ha imposibilitado, dificultado o retardado el reinado de la paz y el advenimiento del progreso en los pueblos de América, cuando por su crecimiento extraordinario en todos los órdenes materiales, la nación angloamericana se convierte en potencia imperialista y comienza a avanzar hacia el Sur, e invade con su oro, respaldado por su diplomacia y sus cañones, el suelo feracísimo, y el subsuelo maravilloso, pero casi vírgenes ambos de explotación, de los países de Hispanoamérica, el invasor yanqui—mercader, industrial, banquero—encuentra, allanándole el camino y facilitándole el logro de sus propósitos, al caudillo o caudillos, dictador o dictadorzuelos en aquel momento, o en expectativa de serlo. Ambos, caudillo e invasor, serán desde entonces aliados y compañeros, coautores del mismo crimen. El invasor apoyará con su oro y con las redes de la diplomacia y la fuerza material del ejército y marina que le prestará su gobierno, al caudillo, al dictador o los dictadorzuelos, ya para que permanezcan en el poder, ya para que lo escalen. Y será el preferido en recibir esa protección, aquel o aquellos que más complacientes se muestren con el invasor en facilitarle privilegios, concesiones, monopolios, en entregarle la tierra y la economía, en venderle la patria, a cambio de apoyo para entronizarse indefinidamente en el poder y explotarlo a su gusto y capricho, sin más cortapisa que el no lastimar el interés del yanqui invasor.

Y éste apoyará a su aliado hasta que le convenga, que si encuentra otro que considera ha de facilitar mejor el desarrollo de sus planes, entonces financiará una revolución para que su nuevo amigo ocupe el poder. Por el contrario, estando el invasor satisfecho de su socio el dictador, mantendrá a éste, con sus «notas» y sus soldados, en el poder, si para derribarlo surgiera en el país una revolución, aunque ésta encarnara ideales de justicia, simpatías populares y al frente de ella aparecieran hombres verdaderamente representativos de las necesidades y anhelos nacionales y de sólido prestigio personal. Esos serían, precisamente, los motivos más poderosos para que el invasor imperialista se pusiera en frente de ese movimiento de opinión y de esos hombres y apoyara, sin vacilaciones, a su socio



Augusto C. Sandino

el caudillo dictador, porque conoce de sobra que es con éste y no con los otros con los que puede contar. Y con el pretexto de proteger los intereses y las vidas de los ciudadanos de la Unión, el gobierno del invasor intervendrá en el conflicto armado, enviará notas diplomáticas, declarando enemigos de la Unión, a los enemigos del dictador, o desembarcará infantería de marina, para defender a éste y evitar su caída. Y el dictador tendrá un motivo más de agradecimiento al invasor, y no podrá negarle nada que le pida en concesiones, privilegios, monopolios. Y surgirá también un empréstito para pagar deudas o realizar obras públicas o mejoras sanitarias, empréstito sobre el que hará la vista gorda el gobierno del invasor en la aplicación que del mismo haga el dictador, que además cobrará, ya directamente, ya por medio y en unión de parientes o amigos, jugosas primas y comisiones, empréstito en el que a cambio de eso, el dictador dejará que el invasor ponga cláusulas que le permitan el arrendamiento de tierras a perpetuidad, le otorguen concesiones para canales, estaciones navales o radiográficas o le autoricen a fiscalizaciones e intervenciones, aunque siempre declarándose, legalmente, que nada de ello menoscaba la soberanía ni la independencia del país, sino que, por el contrario, tiende a conservarla y robustecerla, y a cooperar, además, a la causa de la civilización y del progreso en ese país y en el Continente.

De todas esas maquinaciones del caudillo dictador y el invasor imperialista, resulta una víctima: el pobre pueblo del país de nuestra América que tiene la desgracia de padecer esos dos males gravísimos: dictadura e imperialismo.

¿Pero, por qué no se rebela el pueblo contra el dictador que lo oprime y lo explota? ¿No demuestra, al soportarlo, que es un pueblo envilecido, que tiene el gobierno que se merece?

Y, ¿por qué no se une, y, aunque sea pequeño, engrandecido con la fuerza que dan la unión y patriotismo, rechaza al invasor imperialista, pirata de nuestros tiempos, demostrando así que no es un pueblo nacido para ser esclavo?

¡Ah! ¡Cuán fácil es culpar a los pueblos

de nuestra América de esos dos males—dictadura e imperialismo—que hoy padecen! Pero ¡cuán difícil les es, en realidad, a esos pueblos extirparse esas dolencias! Porque es cosa fácil, juzgando a la ligera, echar en cara a esos pueblos los defectos que pa-

decen, su incultura, su pobreza, su indolencia, su falta de unión; pero el que haya estudiado los múltiples y diversos factores que han entrado en la composición de los pueblos de la América latina, los siglos de ignorancia, esclavitud y explotación que para nuestros países significó la época colonial, la lamentable herencia, fuente y origen de muchos de los males políticos y sociales que nuestras Repúblicas sufren, que nos dejó el conquistador español, convertidas como tuvo estas tierras de América en gran mercado de expoliación y esclavitud; el que conozca las dificultades sin cuento que por todo ello han encontrado en su camino hacia la consolidación y el progreso, una vez libres, los Estados Americanos; y el que sepa de las nuevas acechanzas que en ese camino ha sembrado, para entorpecer la marcha y hasta imposibilitarla, el poderoso vecino de otra raza que alardeando de civilización, progreso y cultura, y con aire de protector, no hace otra cosa sino aprovecharse de nuestros defectos, nuestros males y nuestra pobreza, para dividirnos, someternos y explotarnos; quien conozca todas estas verdades no culpará jamás a los pobres pueblos de América de que no hayan aniquilado al caudillo dictador ni arrojado al invasor imperialista.

Y menos juzgará tan ligera y erróneamente contra nuestros pueblos, el que conozca la trágica y desventurada odisea que ha significado a todos ellos cada protesta y cada rebeldía, pacífica o armada, para aniquilar a caudillos dictadores o arrojar a invasores imperialistas, porque en todos esos casos han hecho causa común, para sostenerse y defenderse, dictador e invasor, logrando que contra esas dos fuerzas de maldad y poder, se estrellaran patriotismo, amor a la libertad y la justicia, espíritu de renuncia y sacrificio.

Y, ¡cuántas veces nuestra América ha sido escenario grandioso de estas epopeyas innarrables, que si no han logrado la palma de la victoria, han servido, en cambio, para poner de relieve cuanto de despreciable tienen dictadores e invasores, y las virtudes que atesoran,—incultos, pobres, inocentes,—los pueblos de nuestra América.

Y desde hace ya más de un año el mundo moderno está asistiendo a una epopeya, sólo comparable en la historia a la que el mundo antiguo presenció en aquella otra hazaña fantástica, con caracteres, como ésta, más que de tragedia vivida, de leyenda soñada, de los trescientos espartanos que capitaneados por Leónidas defendieron el paso de las Termópilas contra el ejército invasor de Jerges.

Hoy la América tiene su Leónidas en el rebelde Sandino, que con unos cuantos patriotas nicaragüenses, libra en las selvas y montañas de su patria, la más formidable protesta, por lo que tiene de representativa, no ya de los ideales de un pueblo y de un continente, sino de una época, contra lo que para ese pueblo y ese continente, y lo que para el mundo entero significan los dos grandes males que hoy padece la humanidad: dictadura e imperialismo.

Hoy el patriota nicaragüense Sandino, invencible en su lucha contra los dictadores e invasores de su patria, unidos en alianza de maldad, es la más grande figura de América y del mundo.

(Pasa a la página 218)